

José L. Lasso de la Vega
(Murcia, 29-II-28 / Murcia, 28-X-96)

Evocación en el recuerdo

El fallecimiento de quien fuera director de esta revista me ha puesto en la obligación de sustituirle en su tarea y en la de dar la triste noticia a los lectores. Lo que pierden los estudios helénicos en España con su óbito es tan obvio que no vale la pena encarecerlo. Para mí ha supuesto la brusca interrupción de diez lustros de amistosa convivencia y con su marcha algo de mi vida también se ha ido. Juntos compartimos las frías aulas de la postguerra en la recién restaurada Facultad de Filosofía y Letras, a la sazón apenas un islote de vida en el inmenso campo de ruinas que era la Ciudad Universitaria madrileña después de la contienda. Compartimos los mismos profesores, algunos de infausta memoria y otros de feliz recordación, como don Santiago Montero, hombre ocurrente donde los hubiera, don Manuel Pabón, cuya *gravitas* recordaba la de un senador romano, don José Vallejo, excelente conocedor de la sintaxis latina y un artista de la traducción. Tuvimos ambos por maestro a don Manuel Fernández-Galiano, que acababa de incorporarse como catedrático de filología griega al claustro de la Facultad y traía con su juventud nuevos bríos y afanes de renovación en aquella un tanto anquilosada especialidad de filología clásica. Eso en los años cuarenta. Yo terminé la carrera en 1949 y José S. Lasso de la Vega, diez meses más joven que yo, al año siguiente.

Tras la increíble hazaña de ganar la Cátedra de Griego de La Laguna en 1952, lo que le convertía en el catedrático universitario más joven de España, en 1954 nos reencontramos en Madrid y desde entonces, salvo un paréntesis de tres años, de 1964 a 1967, en que ocupé una Cátedra en Salamanca, nuestras vidas discurrieron paralelas. Juntos opositamos a Institutos de Enseñanza Media en 1954, y los dos sacamos plaza en la capital: él con el número uno eligió el 'Cervantes', yo con el número dos, el 'Beatriz Galindo'. Simultáneamente frecuentamos el Instituto 'Antonio de Nebrija' del CSIC e iniciamos el penoso *cursus honorum* en la Universidad. Fuimos al mismo tiempo Ayudantes gratuitos de clases prácticas, profesores Adjuntos interinos, Profesores Adjuntos por Concurso-Oposición, con la modalidad, incomprensible en estos tiempos, de que pasado un plazo de cuatro años, se nos obligaba a repetir la Oposición. En los años sesenta, con la creación de la figura de Profesor Agregado, intermedia entre la de Profesor Adjunto y la de Catedrático, tanto él como yo, tuvimos nuevamente que opositar, aun cuando éramos ya Catedráticos, a las plazas de esa categoría que se crearon en la que entonces se llamaba Universidad Central. La vida efectivamente, como para todos los de nuestra generación, no discurrió para nosotros por un camino llano. No había otra opción, como en el apólogo de

Pródico. Tuvieras o no las fuerzas de Heracles se te empujaba por el camino de los *πόντοι* y hasta para rebajarte de categoría se te obligaba a opositar.

Desde los años setenta, ya Catedráticos ambos en la llamada desde el rectorado del Prof. Botella Llusia Universidad Complutense, nuestras vidas siguieron discurriendo en paralelo. Con Antonio Ruiz de Elvira, aunque nuestros nombres pudorosamente quedaran en el anonimato, sacamos a la luz desde 1971 la Revista *Cuadernos de Filología Clásica*, actualmente dividida en una serie latina y otra griega e indoeuropea. Aunando también nuestros esfuerzos con los de Martín Ruipérez y los de los colegas latinistas logramos crear esa Biblioteca de Filología Clásica, que hoy constituye el orgullo de nuestra Facultad. Desde hacía unos años, conforme se nos iba acercando el momento de la jubilación, solíamos reunirnos periódicamente a comer con nuestro compañero de fatigas Juan Zaragoza Botella y Julio Calonge Ruiz, con quien a los tres nos unía una buena amistad desde el lejano 1954 en el que todos coincidimos en las oposiciones a Instituto. Aquellas 'convivencias' o vividuras en común, que, como recuerda Cicerón en el *De senectute*, expresa mucho mejor que el término griego *συμπόσιον* su correlato latino *convivium*, nos confortaban el ánimo con la evocación de experiencias pasadas, aunque no nos devolvieran la juventud. En la última que celebramos, ya sin nuestro amigo, dejamos inconscientemente libre el puesto en el que solía sentarse.

Todo lo dicho hasta aquí puede parecer irrelevante y ajeno a las convenciones de una nota necrológica. Incluso diríase que delata en quien esto escribe un cierto afán de protagonismo. Nada más lejos de la realidad. Este preámbulo sirve para dar mayor crédito a la semblanza humana que de José S. Lasso de la Vega voy a hacer en lo que sigue como testigo presencial y muy directo que fui de cómo era y cómo se comportaba desde la juventud hasta sus últimos días. Fue Pepe -perdóneseme que aquí le llame como solía llamarle en vida- un estudiante brillantísimo, con mucho el mejor de su clase, que destacaba por poseer un nivel de información científica insólito en aquellos años de casi total aislamiento de nuestro país. Cuidadoso de su presencia personal, con la espesa barba que teñía de negro sus mejillas perfectamente rasurada, era tan pulcro en su forma de vestir como en su lenguaje, preciso y culto siempre con muy escasas concesiones a los coloquialismos y a la jerga estudiantil. Despertaba la unánime admiración de sus compañeros que le respetaban y sentían por él un sincero afecto.

Con el tiempo las cualidades de su juventud se fueron acentuando, lo que unido a cierta innata timidez suya y al deseo de guardar su intimidad, le granjearon la injusta fama de hombre distante y adusto. Siempre puntual y riguroso en sus clases, su erudición y acumen crítico eran el pasmo de sus alumnos, que acudían a los exámenes con el temor de que sus conocimientos no alcanzaran el nivel de sus explicaciones. Especialmente temible era como juez en las oposiciones y en las tesis doctorales. En la lectura de éstas su erudición y su memoria apabullaban a los miembros del tribunal, al doctorando y al director de su trabajo. El torrente de observaciones y de datos que aportaba era de tal magnitud, que en cierta ocasión fue preciso realizar la lectura de una de ellas en dos sesiones. Al final, cuando los circunstancias se temían lo peor, reconocía los méritos del trabajo y felicitaba cordialmente al ponente y al doctorando. Durante el período en que ejerció la jefatura del Departamento de Filología griega, en un momento lleno de tensiones políticas y académicas, se atuvo estrictamente a la legalidad vigente y respetó con la mayor escrupulosidad los derechos de todos sus miembros. Una ecuanimidad en verdad difícil de mantener en aquel entonces.

Con el paso de los años su amor por el lenguaje se fue acrecentando hasta el extremo de convertir sus escritos en verdaderas obras de arte. Su libro *De Sófocles a Brecht*, Barcelona, Ed. Planeta, 1971 consiguió el Premio Nacional de Literatura de 1971. Su estilo literario, con sus

construcciones atrevidas, sus arcaísmos y neologismos, dificulta la lectura y en ocasiones oculta los méritos científicos de sus trabajos. Y esa personalísima manera de escribir, reflejo de su rechazo a la vulgaridad a la manera del *odi profanum uulgum et arceo* horaciano, contagió hasta sus mismos modos de la expresión oral. Por una de las ironías de la vida me tocó en suerte formar parte del tribunal que juzgaba su Oposición a Profesor Agregado de Filología griega de la Universidad Complutense. Único opositor, ya Catedrático, reunía los suficientes méritos como para haberse tomado aquel acto como pura pantomima burocrática y haberlo despachado con alguna impertinencia. El asombro del tribunal fue grande cuando con la más absoluta seriedad finalizó el preámbulo de lo que sería una espléndida lección magistral con un lapidario «Mas asaz de circunloquios y extraigamos algunos corolarios» que se me quedó grabado para siempre en la memoria.

Teníamos despachos contiguos en la Facultad y muchas veces le vi salir del suyo con un folio de papel en la mano y dirigirse con su andar menudo y rápido a la biblioteca. Era señal segura de que iba a comprobar alguna cita. «Filólogo es -solía decir- el hombre capaz de revolver una biblioteca entera para verificar un dato». Y filólogo en verdad era Lasso de la Vega, hasta el extremo de que me parecía que hubiera sido feliz escribiendo volúmenes enteros de *commentarii*, *coniectanea* y *animadversiones* en el siglo XVI o XVII. En los últimos años su vivo caminar se fue entorpeciendo y su vista perdió agudeza. No así su inteligencia. La muerte ha sido injusta al arrebatárnoslo, cuando tantas ilusiones aún tenía, y todos tanto esperábamos de él.

Luis GIL FERNÁNDEZ

